

4HOMILÍA EN LA MISA EXEQUIAL DE D. FELIPE TOSTÓN MARTÍNEZ

Hemos proclamado las lecturas propias de este domingo del Bautismo del Señor en el que la disciplina litúrgica permite la Misa exequial que estamos celebrando por el eterno descanso de nuestro querido hermano en el sacerdocio D. Felipe Tascón Martínez. Tuve el gusto de conocer, saludar y dar la comunión a este hermano el pasado sábado en la Residencia de Mensajeros de la Paz de la Bañeza donde residía. Su mirada perdida, su rostro inexpresivo y su falta de movilidad indicaban que la enfermedad le había ido minando interiormente; pero nada indicaba que su muerte iba a ser tan rápida como ha sido.

En la segunda lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles que acabamos de proclamar se dice que Pedro, el día de Pentecostés, tomó la palabra para anunciar a los judíos quién era Jesús de Nazaret, “el Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo” y recordarles que “pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo porque Dios estaba con él” (Hch 10,37) Con estas breves palabras de presentación el apóstol Pedro se nos da a conocer, también a nosotros, la acción del Dios trinitario que se revela en el rostro de Jesús de Nazaret en el cual actúa la fuerza liberadora de Dios contra el poder del mal.

Toda la vida pública de Jesús será una manifestación del amor misericordioso del Padre que ama al hombre, creado a su imagen y semejanza. Ama particularmente al hombre que es prisionero del mal por la enfermedad, el pecado, la injusticia o la muerte. Ese amor misericordioso de Dios y su bondad se hace visible en los milagros que Jesús realiza devolviendo la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la movilidad a los impedidos, la liberación a los cautivos del pecado y la vida a los muertos. Se cumple así en Jesús la profecía de Isaías refiriéndose a la misión del profeta: “El espíritu del Señor Dios está sobre mi porque el Señor me ha ungido, me ha enviado a dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad” Una misión que cuenta con la fuerza y el envío de Dios Padre, tal como

hemos escuchado en la primera lectura, también tomada del profeta Isaías: “Mirad a mi siervo a quien sostengo... para que abra los ojos de los ciegos y saque a los cautivos de la prisión y de las mazmorras a los que habitan en las tinieblas” (Is 42, 1, 6-7)

La vida y misión de los sacerdotes ha sido configurada con Cristo por medio de la gracia que hemos recibido en el sacramento del Orden Sacerdotal. Desde el día de nuestra ordenación es Dios Padre quien sostiene con su gracia nuestra misión y quien nos unge con la suave compañía del Espíritu Santo. A veces no somos conscientes de esta gran verdad: que los sacerdotes estamos capacitados por pura gracia para realizar en este tiempo la misma misión del Señor y sus mismas obras de modo que a través de ellas se manifieste a los hombres que el Reino de Dios está ya en medio de nosotros y den gloria a nuestro Dios. La misión del sacerdote tiene como fin último llevar el amor misericordioso de Dios y la ayuda de la gracia por la celebración de los sacramentos, especialmente del sacramento del perdón y de la eucaristía, al corazón de todos los hombres y de todos los pueblo.

Nuestro hermano D. Felipe vivió esta misión sacerdotal sostenido por la gracia y el amor de Dios que lo ungió con el don del Espíritu Santo. De modo que, además de sus dones naturales, el Señor lo fue modelando con su gracia y como Él pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. A los pocos meses de ser ordenado sacerdote fue destinado a la zona del Bollo en Ourense donde ejerció su ministerio sacerdotal durante más de cuarenta años. Allí se unió al Señor en cada uno de los fieles que lo querían y veneraban como un verdadero hermano y padre en la fe. Aquejado por la enfermedad vino cerca de su familia para ser acompañado, particularmente de su hermana que estuvo muy cerca de él hasta que el Señor lo llamó a sus manos desde la Residencia Sacerdotal de la Bañeza.

D. Felipe también estuvo muy cerca de los enfermos, especialmente de los enfermos que anualmente peregrinan al Santuario de Nuestra Señora de Lourdes. Agradecido por su compañía y dedicación a esta asociación, el presidente de la Comisión gestora de la Hospitalidad, D. José Antonio Prieto Flórez me ha hecho llegar una carta de agradecimiento y de disculpa de su ausencia por estar a esta

misma hora atendiendo a los seminaristas y a sus padres en el encuentro que mensualmente tiene programado en Ponferrada. Dios quiera que alguno de los que hoy están en este encuentro ocupe el sitio vacío que dejó nuestro hermano en el servicio pastoral a las parroquias de la diócesis.

Damos gracias a Dios por el regalo de este hermano sacerdote y por el bien que ha hecho a tantas personas que recibieron de sus manos la gracia de Dios, escucharon de sus labios la Palabra del Señor y vieron en su vida un fiel reflejo de la misericordia y del amor divino. Sobre su tumba también podemos poner las palabras que San Pedro aplicó a Nuestro señor: “pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal”. Ciertamente D. Felipe no hizo ningún milagro espectacular. Su milagro fue la fidelidad a Cristo, a la Iglesia y a los pobres a los que acompañó en las parroquias rurales que regentó y en los enfermos que consoló. Estos son los milagros de amor que necesita la sociedad actual para liberarse del egoísmo y del individualismo que están minando nuestras relaciones hasta tal punto que muchos hombres y mujeres quedan abandonados en la más absoluta soledad sin nadie que les ayude. Por eso alzo mi voz para que la sociedad reconozca y valore la misión de tantos sacerdotes que se entregan generosamente a diario a hacer el bien a los demás y a promocionar a la gente para que obtengan la liberación de los nuevos males en los que están atrapados por la sociedad del bienestar sólo material y del consumo desmedido.

La Santísima Virgen María que enseñó a Jesús a hacer el bien en cuanto hombre, nos enseñe también a todos los cristianos, pero especialmente a los sacerdotes a pasar por este mundo haciendo el bien y liberando de la esclavitud del pecado a los hombres con la ayuda de la gracia de Dios.